COLECCION

DE LAS MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y

MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. J. Cuesta, calle de Carretas, n.º 9:
Depósito central de toda clase de comedias, zarzuelas, óperas y sainetes, tanto del Teatro antiguo como moderno.

COMEDIAS DEL TEATRO MODERNO.

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
A la vejez viruelas.
A Madrid me vuelvo.
Abenabó.
Alfredo.
Amores de Sopeton.
Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pié de la letra.
Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Bandolero.
Borrascas de un Bodegon.
Bravío de Sevilla.
Bella labradora.
Blanca y Montcasin (tragedia).
Bosque peligroso.
Cecilia y Dorsan.
Califa de Bagdad. (ópera).
Chismoso (El).
Clementina y Desormes.
Cadma y Signoris.
Calavera (El).
Caliche.
Camila (tragedia).
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (Las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (El) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Coquetismo y presuncion.
Costumbres de antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
Cada mochuelo á su olivo.
Carnaval de Nápoles.
Celos del tio Macaco.
Cigarrera de Cádiz.
Con título y sin fortuna.
Cuakero y la cómica.
Chaquetas y fraques.
Duque de Viseo.
Deber y la naturaleza.
Don Dieguito.
Don Pedro de Portugal (tragedia).
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
Don Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (La).
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Don Sancho el Bravo.
Don Tello de Guzman.
Doncel de Don Fernando (El).
Dos compadres.
Dos Seminaristas.
Dido.
Doña Inés deCastro.
Dos sobrinos.
Del Rey abajo ninguno, García del Castañar. (Corregida por Hartcenbuch).

CECILIA
Y DORSAN.

COMEDIA

EN TRES ACTOS.

POR

DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA
AÑO DE 1800.

ADVERTENCIA.

Esta pieza se ha tomado en su fondo de la que con título de Adela y Dorsan compuso en Frances Mr. Marsollier.

La mitad del foro á la izquierda representa bosque con un pequeño montecillo muy hermoso: la otra mitad forma una casa de campo magnífica, que hace un ángulo, ocupando los dos primeros bastidores: debe tener ventanas y balcones practicables, y una pequeña escalera que finaliza en el teatro con puerta de rejas practicable: á los lados dos asientos rústicos.

ACTORES.

El Marques Leopoldo: *Sr. Antonio Pinto.*

Dorsan, hijo de Leopoldo: *Señor Antonio Ponce.*

El Conde de Berter, tio y tutor de.... *Señor Luis Navarro.*

Adela, prometida esposa de Dorsan: *Señora Coleta.*

Cecilia: *Señora Rita Luna.*

Simon.........
Esteban.... } Criados antiguos del Marques.
Señores Querol y Cubas.

El Conde de Worset: *Señor Baca.*

Amador, Labrador: *Señor Josef Garcia.*

Comparsa de Aldeanos y Aldeanas.

ACTO PRIMERO.

Suena dentro gritería alegre, y por la izquierda sale Dorsan: su vestido será un frak elegante.

Dorsan. Buscando la soledad,
por todas partes encuentro
felices gentes que gozan
de un purísimo contento.
¡O quánto de su alegría
mi corazon está léjos,
rodeado de amarguras,
de penas y sentimientos!
Llegó el decisivo instante
que en sacro vínculo eterno,
uniéndome con Adela,
me separa de un objeto
que amé demasiadamente,
y del que olvidarme debo.
Su hermosura... ¡O Dios! ¿Por qué
de su hermosura me acuerdo,
y no de su ligereza?
Tocando ya en el momento,
en la precision cruel

de ser para siempre ageno,
¿por qué, memorias fatales,
me dais tan duro tormento?
¡mas ay! que estan todavía
muy recientes en mi pecho
los agravios de Cecilia...
¡dulce nombre!... yo la veo
en todas partes: no hay nada
que no la esté proponiendo
á mi loca fantasía,
cuyo calor le da cuerpo
á su encantadora imágen:
su amor me consume... pero
¿por qué no la olvido estando
de su inconstancia tan cierto?
Cecilia falsa, inconstante,
ya cabe en mi entendimiento;
mas Cecilia interesada
y tan digna de desprecio,
¡ó quánto se me resiste!
¡no es posible comprehenderlo!
¡ah! si otro alguno que un padre,
á quien rendido venero,
á decirme mis agravios
se hubiera arrojado, pienso
que en su vil sangre... ¡paciencia!

¡me olvidó! ya no hay remedio.

Salen Esteban y Simon, el qual hace como que habla hácia dentro.

Sim. Irse retirando á casa,
y que todo esté dispuesto
para la ocasion; qué es justo
que todos nos esmeremos,
de nuestro jóven señor,
celebrando el casamiento;
pero no es señor, no hay tal;
y mejor le llamaremos,
nuestro padre, nuestro hermano,
porque al cabo...

Dors. Te agradezco,
Simon, dictados tan dulces,
y me son muy lisonjeros:
eres muy hombre de bien.

Sim. Despues de vos, no le cedo
á nadie la preferencia;
pero de esto no tratemos,
sino de que vos seais
muy dichoso; pues de serlo,
ya se ve, sin duda alguna,
todos tambien lo seremos:
pero, ¿qué es lo que mirais?

Dors. Aquel bosquecillo nuevo

que está junto á aquella fuente:
está gracioso: es muy bello.

Sim. Esteban y yo, á porfia
trabajando, lo hemos hecho
en ménos de quatro dias:
quando salgais á paseo
con vuestra querida esposa,
allí, sentados al fresco,
descansareis, renovando,
en la presencia del cielo,
de amaros eternamente
el gustoso juramento:
y tambien allí nosotros
con ansia le pediremos
que haga dichosos á quantos
habitan el pais nuestro,
comenzando, ya se ve,
eso se da por supuesto,
por vuestro padre y por vos.

Dors. Todos esos sentimientos
de vuestra bondad son dignos;
y aumentarán el extremo
de la dicha que disfrute:
¡ay Dios! ¡que en vano la espero!

Esteb. Lo que yo siento, señor,
es que os caseis en un tiempo

de guerra, en que todo el mundo
está temblando, y temiendo
por sus familias; que en fin,
no es cosa de regodeo
esto de que á uno le espeten
sin mas ni mas en el cuerpo
un balazo, y que le envien
adonde ninguno ha vuelto.

Dors. Esteban, el defender
la patria es justo derecho;
y no será hombre de bien
quien resista...

Esteb. Si no es eso...
voto al diablo: si el caso
lo requiere, yo el primero
sería... y todos serían
como yo, ni mas ni ménos:
sino que, como se dice,
todo el mundo tiene apego
á su carne, y son los hijos,
hijos al fin.

Dors. Ya te entiendo;
pero para tales casos
los señores de los pueblos,
si son como deben ser,
previenen justos consuelos

con su liberalidad
á los que quedan expuestos
á la miseria: por mí,
desde ahora á ser me ofrezco
padre de quantos la guerra
haga infelices.

Sim. Sí; pero
de señores como vos
hay muy pocos en el reyno:
pero dexando esto aparte,
vuestro padre ¡qué contento
está con la boda! Yo
no lo admiro: es un buen viejo,
algo caprichudo; siempre
llenos los cascos de aquello
de nobleza, de familia,
de fortuna... ¿y qué tenemos?
tambien es el mas bizarro
que hay en todo el universo.

Esteb. Eso sí; y esta mañana
salió á caballo, y corriendo
todas las quintas vecinas,
ocupó todo su tiempo
en socorrer... pero él viene
por la senda hácia este puesto.

Sim. Todavía está lozano.

Esteb. Y tanto, que yo le tiemblo
quando se enfada, que entónces
ni aun él puede con su genio.

Sale Leopoldo.

Leop. Dios os bendiga: hijo mio;
¡quánto de verte me alegro
con nuestros fieles amigos!
Porque los criados buenos
son siempre nuestros amigos:
pero con todo, yo creo
que en otra parte este dia
estás mayor falta haciendo,
porque tu Adela y su tio...

Dors. Decís muy bien, voy corriendo;

Hace que se va, vuelve y toma la mano á su padre; y éste al oirle hace un movimiento de disgusto.

pero padre... ¡ó padre mio!
¿es posible? ¿estais bien cierto
de que Cecila?... ¡Ah! por Dios
no os enojeis: os prometo
no pensar en ella mas:
¡ó quánto es mi desconsuelo! *Vase.*

Leop. No pensar en ella mas...
y no hace otra cosa: es cierto
que estos jóvenes... al fin

todo acaba con el tiempo.
Esteb. Los músicos del jardin
me parece que se fuéron.
Sim. ¿Cómo si yo los he visto?
Esteb. Podrá ser; mas voy á verlo. *Vase.*
Sim. Y yo te sigo.
Leop. ¿Simon?
hablar contigo pretendo.
Sim. Al instante soy con vos;
que en unos dias como estos,
¡tanto ocurre! ¡hay tantas cosas!
yo estoy encargado de ello,
y así por cumplir con todo...
Sí señor... al punto vuelvo. *Vase.*
Leop. En fin, Dorsan con Adela
hoy se casa: ella es el centro
de la virtud: no es posible
reunirse en un sugeto
tanta sensibilidad
y finura: estoy bien cierto
de que aunque ella ama á mi hijo,
jamas se hubiera resuelto
á concederle su mano,
á no ser baxo el supuesto
de ser Cecilia inconstante
y falsa: lo está creyendo,

gracias á mis diligencias,
las que me van conduciendo
de acabar con mis temores
al deseado momento:
yo lo acerté: la esperanza
que siempre animó mi pecho
no era un error: lo conozco;
yo recelaba del fuego
juvenil de mi Dorsan,
penetrando, conociendo
los interiores combates
que suscitan los afectos
amorosos en el alma;
pero ya se convirtiéron
en blanda paz mis temores,
y con la razon de acuerdo,
para coronar mis ansias
desciende alegre himenéo.

Sale Simon.

Sim. Yo juzgo que no he tardado;
¿no es verdad? todo mi empeño
es cumplir quanto me mandan.

Leop. Muy bien conozco tu esmero;
pero ahora es la ocasion
de que dupliques tu zelo:
cuida de que todo vaya

con decencia: el extrangero
exîge mayor cuidado
que el habitante del pueblo:
que al fin éstos nos conocen,
y nos ignoran aquellos:
nada les falte á los ricos,
mas del pobre los deseos
se han de prevenir: en fin,
únicamente apetezco,
que este dia cuenten todos
como uno de los mas bellos
de su vida ¿has entendido?

Sim. Todo irá bien, Dios queriendo:
y ántes de una hora...

Leop. Esa
es la que con ansia espero;
su dilacion aun me tiene
con inquietud; lo confieso.

Sim. ¿Y por qué? por la Cecilia...
aquella niña... ¿no es esto?

Leop. Es verdad.

Sim. Bah: no podia
al hijo de nuestro dueño
convenir esa muchacha:
sus padres tan pobres... pero
segun dicen muy honrados.

Todo esto con doble intencion.

Leop. Tal fama tienen.
Sim. Lo creo;
porque á todos á una voz
les oígo decir lo mesmo:
la madre en todo el pais
era de virtud exemplo;
pues su padre... ¡quántos años
de servicios!... ¡todo el cuerpo
acrivillado de heridas!...
pues la niña... ¡tanto bueno
decian de ella!... no sé
qué diablos...
Leop. Yo era el primero
que la aplaudia, Simon,
y Dorsan hacia empeño
formal de amarla: mas todo
se descubre con el tiempo.
Sim. Sin embargo... perdonadme
porque yo soy muy sincero:
han querido persuadirme...
no lo he creído á lo ménos;
mas se dice... ¿qué sé yo?
que en todos estos enredos
habeis metido la mano...
¡malas lenguas! con todo eso
dicen... ¿qué se yo que dicen?

que habeis el emplasto hecho
para que el chico casára
con ésta... tiene dinero...
y como esto de intereses...

Leop. A nadie responder debo
de mi conducta; mas como
yo mi estimacion aprecio,
escucha y verás si voy
fundado en mi justo empeño.
Mi hijo ya está en edad,
en que mi consentimiento
para nada necesita:
temblé quando me dixéron
que amaba tanto á esa niña,
que hija de un pobre plebeyo,
sin mas dote que sus gracias,
pagó su amor, con objeto
de abusar de su pasion,
y obligarle al casamiento:
le aconsejé, persuadí,
y aun le amenacé; mas viendo
que nada con él podian
amenazas ni consejos,
le determiné á un viage,
á ver si por este medio
la separacion abria

camino para mi intento:
la suerte me fué propicia,
porque durante este tiempo,
sirvió á Cecilia un rival,
que derramando en el pecho
de Dorsan justas sospechas,
y la inconstancia creyendo
de su querida, irritado
á verla jamas ha vuelto:
la verdad; yo he procurado
confirmarle en sus rezelos;
y de Adela la hermosura
al mismo tiempo trayendo
á sus ojos, he logrado
reducirle á este momento,
que hará su felicidad
y la mia, segun creo.

Sim. ¿Pero qué es de la muchacha?

Leop. Yo no lo sé: su silencio
en algun modo confirma
las voces que se esparciéron
en órden á su conducta:
mas con todo; no queriendo
que ella forme de Dorsan
ni la menor queja, luego
que el contrato se firmó,

por intervencion de Eugenio,
el íntimo de mi hijo,
una suma de dinero
la envié.

Sim. ¿Mas lo ha tomado?

Leop. Lo presumo, aunque recelo
que este Eugenio... hace dos dias
que le envié, y aun no ha vuelto:
él tan solamante sabe
donde ella para.

Sim. Pero eso
es decir que ella no está
en su casa.

Leop. ¡Quánto tiempo
ha que la sacó Dorsan!
él ha negado protervo
que sabe donde se halla,
mas no he querido creerlo;
ni es posible: por lo qual
dí la comision á Eugenio
de que hiciese por buscarla,
y entregarla aquel dinero:
confidente es de Dorsan,
y sabrá su paradero.

Sim. Y tambien sabrá decirla
lo que vos teneis dispuesto:

¿Y quién sabe?... mas con todo
si abre la mano, ya es eso
negocio acabado: yo
es verdad que soy molesto,
mas no quisiera que nadie
dixera de vos...

Leop. Te entiendo,
y que tu curiosidad
es hija de un buen afecto
de criado; yo lo estimo,
y á Dios, Simon, que no puedo
detenerme; voy á ver
mis hijos.

Sim. Yo tambien quiero
ver si todo está arreglado.

Leop. Si por algun raro medio... *Volviendo.*
si algun recado... si busca
alguien á mi hijo...

Sim. Id sin miedo,
que á nadie verá hasta que
les caiga de medio á medio
la bendicion.

Leop. Pues á Dios. *Vase.*

Sim. El os guarde, y os dé presto
dos docenas de muchachos,
á ver si os hartais de nietos.

Este hombre... yo no lo alcanzo,
su corazon es muy bueno;
pero este run, run que corre...
pero yo ¿por qué me meto
en camisa de once varas?

Grita dentro.

mas vuelve á este mismo puesto
la gente del bronce.

Salen Esteban, Aldeanos y Aldeanas que entran renovando su alegre grita; y continúa...

¿Ola?
¿á qué venís? ¿qué tenemos?

Esteb. Como es este sitio paso
preciso para ese templo
separado del lugar,
ver á los novios queremos
quando vayan á casarse,
y aplaudirlos.

Sim. Muy bien hecho:

A este tiempo se presenta Cecilia por el montecillo de la izquierda, todo quanto sea posible con un cierto desaliño como efecto del cansancio y fatiga: se detiene un poco; levanta las manos al cielo, y luego baxa poco á poco.

aquí chicos, aquí todos...

Repára en Cecilia.

¿pero qué es lo que estoy viendo?
¡una muger!... ¡y qué jóven!
¡desordenado el cabello!...
¡qué agitada!... ¡pobrecita!
¡parece que llama al cielo
en su auxîlio! ¿qué querrá?

Cecil. Este es el sitio... no puedo
dudarlo, no: yo os bendigo
Dios de piedad, pues esfuerzo
me habeis dado hasta llegar
á este parage, aunque siento
que el cansancio y la fatiga
me acaban.

Sim. ¿Si es la que pienso?
no puede ser otra, no:
pues hija mia, ¿qué es esto?
¿á dónde vaís? ¿qué quereis?

Cecil. Hombre compasivo... os ruego
me digais... ¡ay! la verdad
no me oculteis; por aquello
que mas amais os lo pido;
decid ¿se ha casado?

Sim. Pero
¿por quién hablais?

Cecil. Por Dorsan.
Sim. Ella es; buena la hemos hecho.
Cecil. Compadécedme: decidme
¿se hizo ya el casamiento?
por Dios, por Dios.
Sim. Yo no sé...
mas soy un pícaro; miento,
no se ha hecho todavía.
Cecil. ¡Alabado sea el cielo!
si hubierais dicho que sí,
el dolor me habria muerto.
Sim. No sé qué hacerme: el demonio
hoy anda sin duda suelto:
¡qué hermosa es! pero hija mia
decid, ¿quál es vuestro intento?
Cecil. Verle, hablarle, persuadirle...
Sim. Mas si no puede ser eso.
Cecil. ¿Y por qué? ¿quál es la causa?
¿quién tendría atrevimiento?...
Andando, y Simon deteniéndola.
¿quién sería tan cruel?
¡Dios mio!... no: aquí me quedo...
pero no: preciso es ir
á buscarle.
Sim. Deteneos;
no podeis ir.

Cecil. ¡Ah! dexadme; *Con mucha viveza.*
no me negueis un consuelo
de que tanto necesito;
dexadme pasar, ¡qué pecho
tan duro teneis! Amigos,
compadeced mi tormento; *A los demas con mucha ternura.*
conducidme hácia Dorsan;
mi vida consiste en esto.
¡Si supieseis en qué estado
tan lastimoso me veo!
sed piadosos; no imiteis
á este hombre, que de acero
tiene el corazon.

Sim. Señora,
yo solamente obedezco...
no la escucheis... sabe Dios
que á poder... pero no puedo:
idos, que pueden venir.

Cecil. Eso es lo que yo deseo;
que vengan ¡ah! yo quisiera
ante todo el universo
decir lo que he padecido,
y lo que estoy padeciendo:

Simon hace que quiere apartar los Aldeanos para que no la oigan, y ella dobla una rodilla, y dirigiéndoles las palabras, dice...

no, no, no os vais; escuchadme:
con toda el alma os lo ruego:
Dorsan... ¡quánto le he querido!
¡quánto le he amado! pero
me engañó: era virtuosa
y tierna, como algun tiempo
serán tambien vuestras hijas;
lo serán; no puede ménos:
todo lo dexé por él;
mi padre anciano... ¡no espero
volverle á ver! ¡morirá
el triste de sentimiento!
Dorsan... ¡ó infiel! me seduxo
porque le amé: del estrecho
alvergue en que yo moraba
en paz serena ¡ó perverso!
me sacó, y... me abandonó,
dexándome sin consuelo,
sin socorro, ni esperanza
de tenerle, hasta el extremo
de no informase siquiera
si vivia... ¡Dios inmenso!

¡cómo vivo, cómo vivo
con tan amargo recuerdo!

Sim. Pero es tarde para quejas;
alejaos un momento...

Cecil. Un momento, ¿y va á casarse?
pues decidme, si yo pierdo
este momento, despues,
¿para qué la vida quiero?

Sim. Perdonad; vuestra presencia
no conviene... y en fin tengo
unas órdenes, que á no tenerlas,
yo mismo...

Dentro música y grita.

Cecil. ¡Cielos!
¡qué música!... si será...
¡triste de mí! ¡yo fallezco!

Se apoya como abatida á un árbol.

Sim. Esto bien me lo temia,
y ya no tiene remedio:
llevadla por compasion
donde no vea...

Los Aldeanos quieren cogerla para transportarla, y ella se resiste, y dice con mucha fuerza.

Cecil. Hombre fiero;
yo quiero ver... ¿dónde, dónde

me llevais?... pero no tengo
fuerzas para mas... ¡Dorsan *Exclamando.*
allí con otra!... yo muero. *Cae desmayada.*

Sim. ¡Desdichada criatura!
llevadla... pero no hay tiempo:

Indeciso, y mirando ya á un lado, ya á otro.

si en ese bosque... al pasar
la verán: vaya, yo pierdo
el juicio: no sé qué hacerme,
ponedla sobre ese asiento,

La sientan, y se ponen todos delante, cubriéndola.

y cubridla miéntras pasan:
despachaos: sí; si el viejo
la llegase á ver, sería
una gracia: presto, presto
que ya llegan: Dios me saque
con bien: no es malo el enredo:
¿á que descarga el nublado
sobre mí? todo me tiemblo.

Pasan algunos Aldeanos disparando tiros, y tras de ellos Músicos tocando lo que pareciere, y tras de ellos salen Leopoldo y Bérter, y Adela y Dorsan de la mano: al tiempo que se presentan dicen todos.

Voces. Vivan, vivan los esposos;

dichosos los haga el cielo.

Leop. Amigos, con toda el alma
vuestro favor agradezco,
y el interes generoso
que os mueve á tales extremos:
ciertamente entre mis dias
este solo es el que cuento
por el mas feliz de todos,
pues llena de mis deseos
la satisfaccion.

Simon en voz baxa á Esteb. que está á su lado.

Sim. ¿No vuelve?

Esteb. No; todavía no ha vuelto.

Adela. No me parece que os hallo
con el fondo de contento
que yo quisiera.

Dors. Señora,
no es de extrañar que suspenso
mi corazon, se embarace
en la dicha que aun no creo:
vos sois muy digna de todo
mi cariño, y yo del vuestro
no lo soy: os reconozco
por el mas claro modelo
de virtud; y para ser
de tantas gracias el dueño,

imposible es que en mí quepan
bastantes merecimientos:
¡qué frias son las finezas
que no dictan los afectos!

Esteb. Ya vuelve en sí. *A Simon.*

Sim. ¿Habrá demonio?
por fuerza, ¿mas qué remedio?

Bert. Tiempo habrá para el cariño;
vámonos llegando al templo.

Leop. Decís bien: vamos, y amor
y virtud, el juramento
sagrado confirmen.

A estas palabras Cecilia atropella á los que tiene delante, y detiene á todos, diciendo:

Cecil. No;
no puede ser, deteneos:

Todos se suspenden, y casi á un tiempo dicen:

Adela y Berter. ¿Qué mugér?...

Dors. ¡Cecilia!

Leop. ¡O Dios!
¡es posible!... ¿cómo es esto?

Sim. Tiró el diablo de la manta,
dexando á todos en cueros.

Cecil. No puede ser, no, Dorsan;
yo soy sola la que debo
ser conducida á las aras;

nadie tiene mas derecho
de ser suya: él me eligió
para esposa, y yo no debo
renunciar este interes:
que está mi honor de por medio.

Dors. Cecilia mia...

Cecil. Yo fuí
tu Cecilia en otro tiempo,
y ya solamente soy
un ser de oprobrio cubierto,
envilecido, insultado,
víctima del mas acervo
dolor, ¡dolor de dolores!
dos dias ha que del pueblo
en que me dexaste, quando
te separó de mi afecto
la sinrazon, he salido
(porque supe este suceso
de un corazon generoso)
sin mas guia que el deseo,
que me animaba; perdida,
extraviada, corriendo
por desusados caminos,
mis pies de sangre cubiertos,
sin descansar un instante,
y tropezando, y cayendo,

agoviada del cansancio,
teniendo por alimento
mis lágrimas solamente,
por fin á tu vista vengo
á morir de tus agravios,
mas que de mis sentimientos.

Dors. ¡Desdichada!... ¿por qué vienes
á perturbar mi sosiego?

Cecil. Y tú ¿respetaste el mio?

Dors. Ya hubieras sido mi dueño...

Cecil. ¿Pues quién quita que lo seas?

Leop. Vuestra conducta.

Cecil. No tengo *Con dignidad.*
de que arrepentirme.

Adela. Vos
¿no le disteis el consejo
de que á otra amára? La carta
que le escribisteis al tiempo
que volvió de su viage...

Cecil. ¿Qué decís, que no os entiendo?
¿yo?... ¿qué carta? Pero á tí
es solo á quien hablar debo
en situacion tan amarga:
dime pues, Dorsan, ¿qué he hecho
para perder tu ternura,
y merecer tu desprecio?

yo te amé, te resistí;
yo combatí tus deseos...
y aun los mios... la virtud,
la virtud sola en mi pecho
fué preferida á tu amor,
y tú preferiste luego
esa hermosura; ella es
el único fundamento
para tu infidelidad;
pero confiesa á lo ménos
que has sido falso, perjuro,
que abusaste del exceso
de mi sensibilidad...
pero no me digas esto;
dime solamente que otra
te hará mas feliz, y dexo
mis lágrimas y mis quejas,
no llegará ni aun el eco
de mi nombre á tus oídos;
y si acaso algun recuerdo
hicieres de tu Cecilia,
y te informas de ella, es cierto
que sabrás que ella murió
con su obligacion cumpliendo,
mas que su último suspiro
salió con tu nombre envuelto.

Dors. Toda el alma me penetra:
no finge, no... Saber quiero,
quiero informarme...
Leop. ¡Insensato!
¿qué es lo que estás proponiendo?
quando ya para tu enlace
se encuentra todo dispuesto,
¿á tan ilustre familia
perderias el respeto?
Ved, ó muger imprudente,
el mal que está produciendo
vuestra presencia: idos, idos;
no turbeis el complemento
de una union santa, que nada
puede romper.
Cecil. Hay aliento *Con energía.*
en mí aun para romperla.
¿Cómo podria, protervo,
contaminar los altares
pronunciando un juramento
tan exêcrable? mi muerte,
mi muerte verá primero
que yo lo consienta: diga
en qué soy culpada? y luego
si no le satisfaciere,
en su libertad le dexo.

Dors. Yo no sé dónde me estoy...
Cecilia... ¡O Dios! el precepto
de mi padre...
Leop. Sí, yo soy
quien le ha prohibido el veros...
Cecil. ¿Por qué no le prohibisteis
que me arrancase del seno
de mi familia, empleando
la seduccion con objeto
de abusar de un sexô débil
quanto sensible? comprehendo
que diriais, nada importa,
poco ó ninguno es el riesgo;
es una muger comun:
¿por qué era pobre? ¡perverso!
era rica de virtudes,
era rica del mas tierno
amor de un anciano padre;
su corazon era el templo
del honor y probidad
que ultrajais, introduciendo
duras desesperaciones
en un innocente pecho.
Adela. Su dolor me compadece;
señor, sepamos si es cierto...
Leop. Es en vano; esa muger

renunció qualquier derecho
aceptando de mi mano...

Cecil. ¡Olvido fatal! mas tengo
en mi poder todavía

Saca un bolsillo, y lo arroja.

ese oro vil que desecho,
como enviado, sin duda,
para comprar mi silencio,
y mi deshonor.

Dors. ¡O padre!
decid, ¿qué es lo que habeis hecho?
yo ignorante...

Cecil. ¿Lo ignorabas?
Dorsan, ¡ó quánto me alegro
de no deber este ultrage
á tu corazon! ya veo
que no has sido tan cruel
como lo estaba temiendo.
Vuelve á tu padre ese oro,
y sepa que la que á un tiempo
pierde su honor y su amante,
nada necesita.

Adela. Encuentro
mucha generosidad
en esta jóven... yo pienso,
bella Cecilia, ayudaros...

Cecil. Y yo de vos nada quiero.

Leop. Esa es demasiada audacia:
temed mi resentimiento.

Cecil. Teman solo los malvados
como vos, que yo no tengo
que temer.

Leopoldo se enfurece; va hácia ella, y le detiene Bérter.

Leop. ¡Ha vil muger!...

Bérter. Deteneos:
¿qué vais á hacer? escuchadme:
sabeis mi carácter recto;
tutor y tio de Adela,
de ningun modo consiento
que se case hasta saber
qué hay en el caso: estoy viendo
justicia y verdad pintadas
en el rostro y los acentos
de esa jóven: no hay motivo
para negarla el consuelo
de su justificacion:
¿qué dices? *A Adela.*

Adela. Que es muy bien hecho,
y muy justo el diferir
por ahora el casamiento.

Leop. Pero ¿es posible?...

Bérter. Es posible
que tenga justo derecho
á la mano de Dorsan
esa niña.

Cecil. Hombre de bien... *Postrándose á Bérter.*

Bérter. ¿Qué, qué haceis?

Cecil. Mostrar mi agradecimiento.

Bérter. Es en vano: Adela, vamos.

Vanse los dos con algunos que los acompañan.

Leop. En iras estoy ardiendo:
¿quién pudo traer?...

Dors. Cecilia,
yo te veré...

Leop. Jóven necio,
retírate sino quieres
que en tí descargue el exceso
de mi cólera: oye tú. *A Simon.*

Leopoldo aparta á Simon, y Dorsan se va volviendo varias veces á mirar á Cecilia.

Cecil. A Dios, Dorsan:
¡ó mi dueño!
¿si te veré?

Leop. Procurad
que se aleje de este pueblo...
mas no; asístela en tu casa,
y despues sabrás mi intento. *Vase.*

Sim. Venid, Señora, conmigo.
Esteb. No, sino conmigo.
Sim. Bueno:
¿si el amo me lo ha mandado?
Esteb. A mí me lo manda el cielo,
que está la pobre muy triste:
y consolarla pretendo,
en quanto pueda.
Sim. ¿Pero hombre?...
Esteb. Pero muger: ¿si me há hecho
llorar á lágrima viva?
Sim. ¿Sí? pues mira este pañuelo
que está chorreando... no sé
lo que chorrea.
Cecil. En mi pecho
vivirán vuestros favores
con rasgos de amor impresos:
sí; la sensible Cecilia
acepta el ofrecimiento
que la haceis, gentes honradas;
con qualquiera iré: ¡ó eterno
Dios de compasion! ¡ó Dios
de bondad! hasta tu seno
lleguen las ansias amargas
de esta infeliz: no hay secreto
nada para tí; conoces

mi verdad y el fundamento
de mi justicia: piadoso
te invoco, y aun justiciero:
soy inocente, ¡Dios santo!
toda en tus manos me entrego.

ACTO SEGUNDO.

Sigue la misma decoracion.

Sale Leopoldo.

Leop. ¡Qué mutacion en mi suerte!
¡trastornadas mis ideas
en aquel mismo momento
que las creía mas ciertas!
¡qué padre tan infeliz!
¡ó loca juventud necia,
cómo es posible agradarte!
Si mostramos resistencia
á tus injustos deseos
y solicitudes ciegas,
nos acusas de injusticia,
de crueldad y violencia:
si consentimos, y luego
la desgracia es compañera
de una indiscreta eleccion,

nos arguyes sin reserva,
de poco firme carácter,
y exceso de complacencia.
Los que hijos apeteceis,
que dulce consuelo sean
de la ancianidad cansada,
¡ó quánto ignorais las penas
que despedazan de un padre
las entrañas, quando encuentra
en lugar de sumisiones
tenaces desobediencias!
¿Quién podia imaginar
que mi hijo no admitiera
con gusto una esposa amante,
adornada de riquezas,
coronada de virtudes,
y dotada de nobleza?
Mas pierdo el tiempo sin duda;
y es preciso que yo vea
á Cecilia: podrá ser
que con mas sosiego atienda
á mis razones: ya miro
que Simon hácia aquí llega:
verémos lo que me dice.

Sale Simon.

¿Hiciste la diligencia?

¿viene esa muger, ó no?

Sim. Vendrá luego con Esteban.

Leop. ¿Y cómo está?

Sim. Sepultada
en una grande tristeza:
apénas responde á aquello
que la preguntan: en tierra
fixos los ojos, no hace
sino llorar: se lamenta
de vuestro hijo y de vos.

Leop. ¡Qué obstinacion! ¡qué soberbia!

Sim. La pobrecita...

Leop. Despues
de lo pasado, ¿qué espera?

Sim. Ella no espera: se aflige;
pero, hablando con franqueza
¿no ha de llorar? vaya, vaya,
eso ya es impertinencia;
al que le duele, le duele;
ahí es una friolera:
caramba, ¿no ha de quejarse?
Señor, por Dios, valga flema.

Leop. ¿Pero tendrá esa muger
tanto orgullo, que pretenda
que la prefiera mi hijo?

Sim. No es orgullo ¡ay tal quimera!

amor, amor, eso tiene,
¡no es nada la diferencia!

Leop. ¿Y en fin qué pide?

Sim. Justicia:
y despues mas que la metan
en un calabozo obscuro
donde rabiando se muera.

Leop. Al cabo ponderaciones
que ninguna cosa prueban.

Sim. A mí sí me prueban.

Leop. Sí;
porque tú eres una bestia.

Sim. No, no tanto como vos
imaginais: mi cabeza
es dura... pero ya viene.

Leop. Déxame solo con ella.

Sale Cecilia acompañada de Esteban, que la dexa y se retira, y al tiempo mismo pasa Simon por delante de ella, y la dice con disimulo al pasar.

Sim. Animo que en favor vuestro,
voy ahora á hablar á Adela. *Vase.*

Cecilia tiene los ojos en tierra, los brazos cruzados, y muestra un grande abatimiento.

Leop. Cecilia, sea inconstancia,

sumision, ó ligereza
de la parte de Dorsan,
yo os lo repito; es quimera,
es imposible, es locura
pretender que vuestro sea:
baxo esta suposicion,
es muy contra la decencia,
que os detengais aquí mas;
yo os daré guia que pueda
llevaros á vuestra casa,
ó bien adonde os parezca
mas conveniente: además,
vuestro gusto será regla
de la pension que juzgáreis
suficiente; de mi cuenta
correrá la exâctitud
de su pagamento: eá,
decid, á dónde quereis
ser conducida; no resta
nada mas: ¿no respondeis? *Pausa breve.*

Levantando la vista, y concentrando su despecho.

Cecil. Me parece que á la queja
os cierran todo camino
mi humildad y mi paciencia...

Leop. Pero mis ofrecimientos...

Cecil. Para nada me aprovechan: *Con resolucion.*

no necesito de nada.

Leop. Advertid que á toda priesa
os llevarán...

Cecil. Es en vano:
yo iré adonde me convenga,
sin que alguno me acompañe.

Leop. No creereis quánto me cuesta, *Con blandura.*
señora, el usar con vos
de tan rígida entereza;
acusad las circunstancias;
ellas solas os condenan...
¿Oís? al instante, al punto
habeis de partir; es fuerza.

Cecil. ¿Pero sin verle?

Leop. Es preciso.

Cecil. ¿Y comprehendeis la fiereza
de semejante precepto?

Leop. Reflexîonad que la fiesta
que turbó vuestra llegada
va á renovarse; se espera
solamente que partais.

Cecil. No lo espereis. *Decidida.*

Leop. Muger ciega, *Irritado.*
quanto atrevida, conozco
que esperanzas alimenta
vuestro pecho; pero todas

veréis como al sol la niebla
disiparse: ola, Simon,
Enrique, Leandro, Esteban,
ninguno entre en el jardin,
ni en la casa; todos sepan
que esta muger obstinada
á toda razon se niega,
y es indigna del afecto
que inspira, y que se le muestra:
y vos pensad que soy padre,
padre ofendido, á quien quedan
contra injustas rebeldías
los recursos de la fuerza. *Vase. izq.*

Cecil. ¡Qué es lo que me está pasando!
¿y será cierto que pueda
matar el dolor? ¿y vivo?
¡arrojada con vergüenza
é ignominia de este sitio!...
¡ni un movimiento siquiera
de compasion!... ¡ha cruel!
¡cómo abusa tu violencia
de tu poder y mis males!
ignorando la funesta
causa de rigor tan duro...
¿qué culpa de tanta pena
me hace digna? me exâmino,

y solo con mi inocencia
encuentro... ¿pero qué temo?
no mira con indolencia
el cielo á los opresores
de la virtud: de su cuenta
corre mi justa venganza...
pero mi padre... ¡qué idea
tan cruel! padre querido,
yo era la delicia tierna
de tu corazon; y ahora
sin concederle siquiera
pediros perdon... Cecilia
va á morir: su muerte es cierta:
Dorsan... ¡ah! ¡si yo le viese,
si hablarle al ménos pudiera!
mas no hay remedio, ¡qué angustia!
mis tristes ojos se llenan
de obscuridad... ¿dónde estoy?...
esta máquina flaquea...
no es posible sostenerme:
si alguno... ¿Simon? ¿Esteban?
¿Dorsan?... todos ensordecen
á mi razon y á mis quejas:
muramos ¡ó Dios! muramos
de abatimiento y tristeza,
pues todos los corazones

á la compasion se niegan.

Cae sobre un banco, y reclinada la cabeza entre sus manos.

Esteban abre la puerta de rejas, vuelve á cerrarla, se va, y sale Adela.

Adela. ¿Dónde estará la infeliz?
no puedo hacer resitencia
al deseo de juzgar
por mí misma... pero aquella
es sin duda: sí, ella es:
¿Cecilia? no da respuesta:
¿hermosísima Cecilia?
querida, dadme licencia
para acércarme.

Levántando la cabeza; pero sin mirar á Adela.

Cecil. ¿Es posible
que haya quien de mí se duela?
¿quién con tal bondad me habla?

Adela. Quien ménos pensais: Adela;
la causa de vuestros males;
¡sabe Dios quánto me pesan!

Cecilia volviendo la cabeza, y alargándola una mano, la dice con tono muy tierno.

¿Y vos sois, señora, quien
en mis males se interesa?

Adela. ¿Si supieseis quanto el alma *Acercándose.*

vuestro estado me penetra!

Cecilia mirándola.

¿A vos?... ¿á vos?... sí; lo creo:

Quiere levántarse.

perdonadme: yo quisiera
levantarme, mas no puedo.

Adela. Yo seré, sino os molesta,
quien se acerque ¿no quereis?

Cecil. Sí, sí; venid: sois muy buena; *Haciéndola lugar.*
vos me consolais... ¿me amais?
¿hay todavía en la tierra
quien ame á esta desdichada?
el corazon con la pena
tenia oprimido, y ya
me confortan y consuelan
las lágrimas que derramo,
aunque involuntarias sean.

Se reclina en el pecho de Adela.

Adela. Llora en mi seno, querida,
y reclina tu cabeza
sobre mi pacho.

Cecil. Señora... *Exâminándola.*
compasiva... hermosá... tierna...
perdono á Dorsan; la [illegible]sa
de olvidarme era muy bella.

Adela. No; Dorsan no te ha olvidado.

Cecil. ¿Qué decís?
Adel. Hablo de veras.
Cecil. ¿Y permitireis que yo
le ame?
Adela. ¿Cómo pudiera
oponerme á una pasion
tan justa?
Cecil. Divina Adela...
pero él me abandona.
Adela. No;
él es fino.
Cecil. Si lo fuera,
cómo habria permitido...
Adela. Atiende, el oficial Gérsan,
su rival, fingió una carta
en tu nombre.
Cecil. ¡O vil cautela!
Adela. En ella tú despedias
á Dorsan; miéntras su ausencia
la recibió: además de esto,
su padre en toda esta tierra
echó la voz de que tú
del derecho que tuvieras
á la mano de Dorsan
renunciaste con la oferta
de una grande cantidad

que el oficial recibiera
quando contigo casase.

Cecil. ¡Viles! ¡infames!... ¿y truena
el cielo, y no los confunde?

Adela. Esta la causa primera
fué de no verte Dorsan,
quando dió á su casa vuelta:
su padre el Marques Leopoldo,
trató de que yo viniera
á este su pueblo: alcanzólo
de mi tio, á quien la idea
comunicó del enlace,
que tan caro á las dos cuesta;
vine como á divertirme,
y despues... pero mi lengua
no quiere tus sentimientos
renovar; basta que sepas
que todos te han engañado.

Cecil. ¡Crueles! ¡ah! y ese Gérsan,
ese malvado, ¿qué es de él?
¿dónde está?

Adela. Marchó á la guerra
sin poderlo resistir:
muy poco ha que todas estas
cosas me contó mi tio
el Conde Bérter, que de ellas

le informó el Marques Leopoldo,
confesando la flaqueza
en que incurrió: finalmente...

Cecil. No digais mas, noble Adela;
¿con que hemos sido las dos
víctimas de tan perversa
íntriga?

Adela. Sí; pero al ménos
tú la ventaja me llevas
de que te ama Dorsan;
yo lo afirmo, yo que á fuerza
del trato, y de un corazon
demasiado tierno...

Cecil. ¡O penas!
¿vos tambien?... ¿tambien le amais?
¿con que yo nunca pudiera
ser dichosa sin haceros
infelice?

Adela. No lo creas;
si yo puedo consolarte,
mi dicha será completa.

Se levantan.

Cecil. ¡Muger de bondad!... pero él
no sabrá que mi inocencia...

Adela. Le consta ya.

Cecil. ¡Cielos! ¿quién

ha tomado mi defensa?

Adela. Yo misma.

Cecil. ¡Vos!... ¡mi rival!...

Adela. Era justísima deuda
de mi honor.

Cecil. ¿Quién ha podido
inspiraros tal nobleza?

Adela. Tus desdichas.

Cecil. Y su padre...

Adela. Cederá
á las instancias de Adela.

Cecil. ¡Gran Dios!... vos... ¡y os llamaba
mi enemiga!

Adela. Así se vengan
las mugeres como yo.

Cecil. ¡Alma noble!... ¡muger llena
de virtud!...

Adela. Oye.

Cecil. Decid;
que en mi corazon impresas
llevaré vuestras palabras
eternamente.

Adela. Quisiera
que Dorsan lograse hablarte.

Cecil. ¿Cómo es posible que sea?

Adela. Mas si acaso tu partida

exîgiese la prudencia...
Cecil ¡Triste de mí!
Adela. No te aflijas.
Cecil. No cabe en mí resistencia
para imaginar... mas no;
suceda lo que suceda,
siempre cumplirá Cecilia
lo que la mandáre Adela.
Adela. Yo de mi parte estaré
exâminando si llega
un instante favorable:
y si acaso se aprovecha,
iré yo misma á avisarte;
yo volveré adonde quiera
que estuvieres.
Cecil. ¿Quándo? ¿cómo
obligacion tan inmensa
podré pagar?
Adela. Yo no quiero
sino que no me aborrezcas.
Cecil. ¡Aborreceros! ¡yo ingrata!
primero mi muerte...
Adela. Cesa,
y dame los brazos.
Cecil. No; *Quiere postrarse.*
imprimiré en vuestras huellas

mis labios.

Adela. ¿Qué haces, querida?
¿posible es que así me ofendas?
Abrázame; y pues entrambas
sufrimos las conseqüencias
de un injusto error, lloremos
juntas, pero de manera,
que del riego de mi llanto
tu esperanza á nacer vuelva.

Cecil. ¡Dulce esperanza!... mas yo
ya no puedo apetecerla
si ha de ser en vuestro daño.

Adela. Pero yo ¿cómo pudiera
ser feliz si por mí fueses
desdichada?

Cecil. Me penetra
tanta generosidad,
como vuestro pecho encierra:
la vida y honor os debo.

Adela. De tu honor en competencia
nada es mi amor.

Cecil. ¡Ah! los cielos
bendiciones de paz lluevan
sobre muger que reune
tantas admirables prendas.
Concede, ¡ó Dios! á mi llanto

que verificados vea
estos votos.
Adela. Los verás:
lo espero; pero si hiciera
el destino que Dorsan...
su familia... ¡imágen fiera!
si en fin todos te abandonan,
te servirá siempre Adela,
de hermana, madre y amiga:
y ahora á casa de Esteban...
Sale Esteban por la puerta de rejas.
pero él viene, que acechando
le dexé.
Esteb. Por esa senda
vienen hácia aquí sin duda
los dos señores.
Adela. Bien; ea,
dame Cecilia los brazos
otra vez; tú cuida de ella.
Esteb. Eso sí; pero es el caso...
pronto, pronto que se acercan.
Adela. A Dios mi querida. *Abrazadas.*
Cecil. A Dios,
señora... mi amor... mi estrecha
obligacion... la ternura
me impide... virtuosa Adela,

supla vuestro entendimiento
lo que no cabe en mi lengua.

Se van, Cecilia por un lado, y Adela por la puerta de rejas.

Esteb. A mi muger la encargué
que quando esta niña fuera,
la agasajase, y la hiciese
tomar algo: yo de verla
estoy loco, ¿qué muchacha?
¿cómo puede no quererla
nuestro amo? mas chiton,
que ya llegan aquí.

Sale Leopoldo y Bérter.

Leop. ¿Esteban?
Esteb. ¿Señor?
Leop. Ve, y dile
á Simon que al punto venga
aquí contigo: *Vase Esteban.*
veremos
si me sale bien la idea.
Bérter. Mas decid, ¿qué pretendeis?
Leop. Que si resiste; por fuerza
lleven de aquí esa muger
adonde nunca mas vuelva
á mis ojos.
Bérter. Es injusta

tan tiránica violencia.
Leop. Yo soy el señor del pueblo.
Bérter. Esa relacion debiera
conteneros mas.
Leop. ¿Por qué?

Desde aquí el teatro debe por grados irse obscureciendo.

Bérter. Porque debe estar atenta
siempre vuestra voluntad,
á que ninguno en vos vea
exemplares de injusticia.
Leop. ¿Injusticia llamais ésta?
¿podria yo consentir
que Dorsan la mano diera
á una muger que carece
de bienes y de nobleza?
Bérter. ¿Mas carece de razon?
Leop. Mediando una diferencia
tan grande...
Bérter. No digais tal:
la verdadera riqueza,
la calidad mas sublime
es la virtud: vos debierais
haber guiado á Dorsan,
por los caminos y sendas
de la razon; no ignorabais

que en Cecilia habia prendas
para enamorar á un jóven,
en cuya correspondencia,
veía para su dicha
franca y patente la puerta:
dexasteis que se arraigase
la pasion; creció su fuerza;
seduxéron á Cecilia
de vuestro hijo las promesas:
es honrada; la dotó
pródiga naturaleza
de gracias encantadoras;
pide de su honor la deuda;
sola una reparacion
admite; no hay en la tierra
quien se la pueda negar,
si de ser justo se precia.

Leop. Pero su opinion...

Bérter. Callad:
el que otro amante la quiera
¿es deshonor de Cecilia?
si ese vil... mas su cautela
ayudasteis, y... Marques,
si mi sobrina, si Adela
no ha olvidado los principios
que le inspiró mi prudencia,

no será de vuestro hijo,
en tanto que satisfecha
no quede Cecilia, y yo
seré su mayor defensa. *Vase.*

Leop. ¡Loco estoy! no sé qué hacerme:
este hombre tiene firmeza
de carácter, lo conozco;
mas sino permaneciera
esa muger á la vista,
con el tiempo ser pudiera
que mudase de dictámen;
Dorsan, no sabiendo de ella,
la olvidaria tal vez;
y esto junto con la extrema
pasion que Adela le tiene...
sí, sí; es preciso; qualquiera
dilacion es peligrosa:
¡que precisado me vea
á esta determinacion!
mi alma nunca propensa
fué á la injusticia... deliro;
¡quién tal desdicha creyera!
¡qué bien dicen, que hay peligro
desde la mano á la lengua!

Salen Esteban y Simon.

Esteb. Señor, aquí estamos todos.

Leop. Escuchad lo que os ordena
mi voz; ya caen del monte,
de la noche las tinieblas;
toda ella habeis de velar;
si á este edificio se acerca,
(sea quien fuere) arrojadle;
y al instante que amanezca,
investigad dónde se halla
Cecilia, sin que se pierda
de vuestra vista, hasta tanto
que quando otra noche vuelva
la saqueis y conduzcais
hasta la casa paterna:
dos sois; uno estará siempre
con ella de centinela,
y el otro entretanto puede
practicar las diligencias
necesarias para el caso;
yo le daré quanto sea
necesario, y una suma
que entregará con reserva
al padre de esa muger:
cuidado con la obediencia
y eficacia, que si alguno
me falta, le juro eterna
venganza; le arruinaré

en mi furor de manera...
pero ya me conoceis;
triste del que no obedezca. *Vase.*

Esteb. ¿Qué dice el señor, Simon?

Sim. Lo que mi compadre Esteban.

Esteb. El hombre está hecho un infierno.

Sim. ¿Uno? está hecho quarenta,
con mil legiones de diablos
metidos en su cabeza.

Esteb. ¿Qué haremos?

Sim. ¿Qué me sé yo?
lo peor es que él nos llena
de amenazas, y si hacemos
su gusto, quando lo sepa
el muchacho, nos dará
las gracias por la fineza
de trasplantarle la moza
adonde nadie la vea.

Esteb. Ella está ahora en mi casa,
y por encargo de Adela,
que la quiere, y me encargó
que cuidase mucho de ella.

Sim. ¿De veras?

Esteb. No sino el alba.

Sim. El demonio que lo entienda;
pretende soplarle el novio,

¿y está con tanta paciencia?

Esteb. Es excelente muger.

Sim. No, pues la niña no es lerda:
¡qué gracia tiene! ¡qué halago!
¡qué buena señora hiciera!

Esteb. Y habla de modo, que yo
estoy con la boca abierta;
y como si fuese un niño
creo que me paladea.

Sim. A mí me pasa lo mismo;
y aunque el amo me friera
en aceyte, eso que yo
he de arrebatar por fuerza
á la muchacha, *nequaquam*;
que se lo cuente á su abuela.

Esteb. Creo que un vulto diviso.

Sim. Cuidar de que nadie venga
á este parage, eso vaya;
lo demas, *requiem æternam.*

Sale Cecilia.

Cecil. Como el paxarillo tierno
que viendo á su amada prenda
cautiva, en torno á la jaula
con voz doliente se queja,
así yo con corazon
lastimado dando vueltas

voy á esta casa.

Sim. ¿Quién va?

Cecil. Una infeliz.

Sim. Vaya, es ella:
¿mas qué buscais?

Cecil. Todo, y nada;
nada, porque nada espera
mi alma afligida; y todo,
porque todo el bien que anhelan
las ansias de mis amores
estas paredes me niegan.

Sim. Perdonad, mi amo nos manda
cuidar de que nadie venga...

Cecil. ¿Ni á suspirar? ¿ni á gemir?
¿tan extraña es su dureza?

Esteb. Dice, que nos echará
de su casa, y si supierais...

Cecil. ¡Ah! yo me iré; sí, me iré
para que no os sobrevenga
algun daño...

Hace que se retira, y vuelve.

Mas su hijo...
¿no podré verle siquiera?
pero, hombre honrado, decidme, *A Simon.*
así el cielo os favorezca,
si caen hácia esta parte

sus ventanas.

Sim. ¿Y á qué es esta
pregunta?

Cecil. Hacedme este gusto.

Sim. Esta niña es hechicera;
¿sino puedo resistirla?
Sí, señora, son aquellas.

Cecil. ¿Dónde hay un balcon?

Sim. Cabal.

Cecil. ¿Allí donde hay luz?

Sim. Las mesmas.

Cecilia mirando siempre con atencion á la ventana.

Cecil. ¡Si allí estuviese... y supiera
que estoy baxo sus ventanas
llorando mi suerte adversa!
¡si se asomára y!... amigos
no rezeleis; no es mi idea
llamarle: mas, ¡si mirase! *Mirando siempre.*

Sim. Pero si el amo volviera...
echarla de aquí es preciso.

Esteb. Sí, sí, no hay remedio; dexa
que yo lo haré: ¿Señorita?...

Sim. Sí por cierto; á la otra puerta.

Esteb. Señorita, no podemos
permitir... que si viniera

el amo...

Simon se llega, y aparta á Esteban, y dice.

Sim. Si eso no sirve;
quita, no andemos en fiestas:
señora, vamos de aquí,
pues sobre ser indecencia...

Cecilia vuelve, y le dice lo siguiente con quanta dulzura pueda, de modo que Simon conmovido, se vuelve á Esteban, y éste á su turno hace lo mismo todo el tiempo que indiquen este juego de teatro los versos.

Cecil. Amigo mio...
Esteb. ¿Qué has hecho?
Sim. Nada: ¿qué quieres que hiciera,
si me ha dicho amigo mio,
con una voz que me llega
al alma, y no sé qué hacerme?
Esteb. Es menester mas firmeza:
allá voy; verás, verás:
tenemos órden expresa
para que nadie...
Cecil. Lo creo,
querido: mas ten paciencia,
por aquella que mas amas.
Esteb. ¿Que mas amo?
Cecil. Por aquella.

Sim. ¿Y bien?

Esteb. He adelantado
lo mismo que tú.

Sim. ¡Ay rareza
semejante! mas si habla
con una boca de perlas,
una alma, una voz tan dulce,
y tan melosa...

Cecil. ¡Ah! son vuestras
entrañas caritativas;
á pesar de la manera *A Simon.*
dura con que me tratasteis
esta mañana, se dexa
conocer que sois sensible
á la piedad.

Sim. Yo... sí... Esteban...

Cecil. Esteban es generoso,
y yo sé muy bien, que aprueba
que vos seais compasivo.

Esteb. Yo... sí, Simon... y qualquiera...

Cecil. El cielo os bendecirá;
Dios gusta que se protejan
los infelices.

Sim. Lo dice
de modo que me rebientan
las lágrimas en los ojos.

Esteb. Y á mí tambien: si así fueran
las mugeres...
Cecil. Estoy débil;
compadeced mi flaqueza: *Se sienta.*
permitid que un breve rato
descanse debaxo de estas
ventanas: ¡ay dueño mio,
si así á tu Cecilia vieras!
Esteb. Mírala; ya se ha sentado.
Sim. Hace bien.
Esteb. Quando amanezca,
nos echa el amo de casa.
Sim. Mas que me eche, y que me meta
en un calabozo.
Esteb. Yo
digo lo mismo: ¿se sienta?
pues sentémonos tambien, *La accion*
y lo que viniere venga: *con los versos.*
toma un polvo.
Sim. Daca un polvo.
Cecil. ¿Con que no hay remedio? ¿es fuerza
que la sensible Cecilia
sin ver á Dorsan se vuelva?
¿yo he de dexar estos sitios,
en los quales se me queda
la mejor parte del alma?

¡Dorsan!... bien mio... en tu ausencia,
¿qué puede serme agradable?
¡todo será noche eterna!
¡todos dias de dolor,
todos momentos de pena!
¡ah! no temais, no lo digo *A ellos.*
de modo que oirme puedan:
padre injusto á quien negó
piedad la naturaleza,
¿qué te hizo esta desdichada?
¿tan imperdonable ofensa
fué haber amado á tu hijo?
mas perdono tu fiereza,
solo con que me permitas
decir á Dorsan, que reyna
en mi corazon; que él solo
es, y será hasta que muera
Cecilia, su dulce dueño,
donde tuvo siempre puestas
sus esperanzas dichosas
un tiempo, y ahora muertas:
¡ah! no temais, no lo digo
de modo que oirme puedan.
Sim. Pero esto ya es demasiado.
Esteb. Sí, sí; lleguemos.
Sim. Espera,

que creo que quiere hablarnos.
Esteb. ¿Sí? pues á Dios resistencia.
Cecil. Y vosotros, cuyo pecho
en mis males se interesa,
almas virtuosas, almas
de ternura y piedad llenas,
por si no os volviere á ver,
sabed que ansiosa desea
Cecilia para vosotros
felicidades: impresas
llevará en su corazon
vuestras bondades; no fuera
tan amante si pudiese
ser ingrata: y si la ciega
fortuna ablanda su ceño...

Dorsan se asoma al balcon, y dice.

Dors. ¿Cecilia?
Cecil: Su voz es ésta.
Sim. ¿El amo jóven?
Esteb. El mismo.
Sim. Ya escampa, y llovian piedras.

Dorsan echando una cuerda al teatro desde el balcon.

Dors. ¿Cecilia mia?
Cecil. ¿Bien mio?
Dors. Espérame. *Entrase.*

Sim. ¿Cómo espera?
eso no con mil demonios:
vamos, vamos.

Quieren retirarla, y ella resiste, y dice resuelta.

Cecil. No hay violencia
que baste para moverme;
aunque mil veces muriera,
resistiria: apartaos.

Vuelve á comparecer Dorsan en el balcon, y dichos los versos siguientes, baxa por la cuerda.

Dors. ¿Qué haceis amigos? Esteban,
Simon, si la atropellais
beberé la sangre vuestra.
Sim. Mas, Señor, ¿qué vais á hacer?
¿no es mejor que por la puerta?...
Dors. Callad: mi padre está en casa, *Baxando.*
y exponerme no quisiera
á encontrarle; y así es este
el recurso que me queda:
no, no temais.
Sim. El se mata.
Cecil. ¿Matarse?
Esteb. Vaya, esa es buena;
para gato de navío

vale todo lo que pesa.

Sim. ¿Señor?

Dors. ¿Cecilia?

Cecil. ¿Dorsan?

Dors. ¡O mi dulcísima prenda!
¡ó mi querida!... mi esposa...
sabe... te habrá dicho Adela...
que engañado... mas olvido
lo principal: esta muestra *Les ofrece*
de gratitud... *un bolsillo.*

Sim. No por Dios:
aunque de desobediencia
nos arguya vuestro padre,
muchas disculpas nos quedan;
pero tomando el dinero,
nadie en el mundo creyera
que lo hacíamos por vos:
la primera diligencia
es irnos de aquí los dos;
pero temed...

Dors. No hay que tema;
mi padre cree que encerrado
estoy en mi quarto, y piensa
solo en reducir al tio
de Adela.

Sim. Bien es lo crea;

pero por si acaso, vamos
de aquí al punto: ven Esteban. *Vanse.*

Dors. ¡O suspirado bien mio!
¿es posible que te estrechan
mis brazos? ¡qué de pesares
tu infidelidad supuesta
me ha causado! y tú por mí,
¡quántas fatigas! quisiera
poder borrar...

Cecil. No, querido;
quantas fatigas padezca
por tí tu amante Cecilia,
son lisonjas alhagüeñas
de su pasion.

Dors. Pero dime,
¿quién te dió noticias ciertas
de mi prevenida boda?

Cecil. Eugenio que con cautela...
mas no hablemos de esto, que
tiempo habrá en que lo sepas
largamente: mas ahora
¿qué destino nos espera?

Dors. El mas feliz, el mas dulce;
la indisoluble cadena
de los vínculos sagrados.

Cecil. ¡Ah!

Dors. ¿Todavía rezelas?
Cecilia... ¡quánto me agravias!
nada, nada habrá que pueda
ya separarme de tí;
lo juro con quantas veras
caben en mi alma: vamos.
Cecil. ¿Pero á dónde?
Dors. Donde sea
testigo el Dios que adoramos
de la union dichosa nuestra.
Cecil. Pero dexar á tu padre...
Dors. El es el que me violenta
á huir.
Cecil. Pero sus derechos...
Dors. Los destruyó con la fuerza.
Cecil. Las leyes...
Dors. En mi favor
hablando estan todas ellas.
Cecil. El te ama...
Dors. Yo tambien
le amo; no hay en la tierra
hijo mas agradecido:
sí; mil vidas que tuviera,
por él las sacrificára:
mas no es posible consienta
hacerme infeliz; el tiempo

ablandará su dureza;
y quando conozca quantas
qualidades te hermosean,
aplaudirá los efectos
de una justa resistencia.

Cecil. Tu fortuna...

Dors. La renuncio;
yo no quiero mas riquezas,
que tu amor y tu virtud.

Cecil. ¿Y así he de pagar á Adela,
á cuya alma generosa
he debido tanto?

Dors. Ella,
ha hecho quanto su ternura,
amor y delicadeza
han podido sugerirla;
ha pintado tu inocencia
á mi padre; pero en vano:
por eso nos aconseja
ella misma, que la casa
de tu padre, asilo sea
de nuestro amor, miéntras pasa
el rigor de esta tormenta;
y aun me ha prometido, que
aquí estará hasta que vea
todo compuesto; ¡ah! partamos,

partamos, querida prenda.

Cecil. ¡Ah! yo te hago desdichado.

Dors. No digas tal: me penetras
el corazon.

Cecil. Reflexîona,
que despues no te arrepientas.

Dors. ¿Quieres matarme?

Cecil. ¿Matarte,
quien te adora con tan tierna pasion?

Dors. ¿Pues qué te detiene?

Cecil. Tu mismo amor yo quisiera
tener...

Dors. Si mi alma tienes,
¿qué has de tener mas?

Cecil. Te ciega
la pasion.

Dors. Antes me alumbra,
y de mi dicha la senda
me señala.

Cecil. Ten constancia.

Dors. Yo soy la misma firmeza.

Cecil. Y yo soy el amor mismo:
vamos, Dorsan.

Dors. Vamos, bella
Cecilia; dame tu mano.

Cecil. Cuidado que no la pierdas

por cobarde.

Dors. Moriria

mil veces ántes.

Cecil. En esa

suposicion, yo bendigo

una y mil veces las penas,

que por tan raro camino

á tanta dicha me elevan.

Dors. Vamos, pues, esposa mia.

Cecil. Esposa tuya, y tan tierna...

Dors. ¿Cómo enamorada?

Cecil. ¡Ay! nadie

puede amar con mas firmeza

que Cecilia á su Dorsan;

él fué su llama primera,

y él la última será,

que en su corazon se encienda.

ACTO TERCERO.

Lo interior del teatro representa una casa rústica: á un lado una cama de cortinas, sillas, una mesa, y un candil encendido.

Salen Dorsan, Cecilia, Amador, y Leopoldo que está en la cama sin sentido.

Dors. ¡Qué accidente tan cruel!

¡qué riguroso destino!
¡á qué extremo tan funesto
á mi padre han reducido
nuestro amor y su violencia!
¡no se cómo lo resisto!

Cectl. ¡Qué léjos estará Adela,
de imaginar que perdidos
con las sombras de la noche,
y sin hallar el camino,
este miserable alvergue
de nuestra fuga es asilo!
pero escuchemos, Dorsan,
lo que le dicta su juicio
á este labrador honrado,
que nos acogió sencillo,
quanto oficioso: buen hombre...

Amador como viniendo de la cama.

Amad. No hay que temer: no hay peligro.

Dors. ¿De veras?

Amad. Tengo experiencia;
y una vez que yo lo digo,
será así; que esto no es mas
sino que perdió el sentido
con la caída: no hay duda;
volverá en sí; yo lo afirmo.

Cecil. ¡O quánto me consolais!

Dors. Yo experimento lo mismo:
mi bien amada, esperemos;
no en vano el cielo ha querido
que perdiésemos la senda,
para poder dar alivio
á nuestro padre; él sin duda
se empeñaría en seguirnos,
y el caballo desbocado
le sacudió al tiempo mismo
que llegabamos nosotros,
y socorrerle pudimos:
mas decid, ¿cómo os llamais?
Amad. Amador.
Dors. Y yo os afirmo
que lo seré siempre vuestro;
pero volved, os suplico
á verle.
Cecil. Sí; no podrémos
sosegar ni estar tranquilos,
hasta saber que recobra
el sentido.
Amad. Ya lo he dicho, *Se acerca á la cama.*
no hay que temer; todavía
no vuelve; pero le miro
muy sosegado; parece
que duerme.

Dors. Yo no me anímo
á verle, porque si vuelve,
y me ve, tal vez nocivo
puede serle.
Cecil. ¿Qué distancia
puede haber desde este sitio
á Néuler?
Amad. Habrá dos leguas
muy cortas, de buen camino.
Dors. El labrador que enviamos...
Amad. No tardará: hermano mio
es, y veloz como el gamo:
pero decid, os suplico,
¿qué ha sido esto? Habrá muy poco
llegais los dos afligidos
á este mi alvergue, trayendo
á ese anciano sin sentido,
sobre los hombros... mas esto
es, segun lo que imagino,
curiosidad demasiada;
y claramente percibo,
que ese buen viejo será
vuestro padre ó vuestro amigo.
Cecil. ¡Ah! ¡si lo fuera!
Amad. Serálo,
luego que hubiere sabido

que vosotros...

Cecil. No queremos
que lo sepa; es muy preciso.

Dors. Dice bien; es esencial
que lo ignore; yo os exîjo
la palabra de que nada
diréis de lo que habeis visto,
por donde pueda inferir,
quiénes somos: yo os lo pido.

Amad. Está muy bien: pero creo
no volveréis al camino,
sin haber tomado ántes
algun reposo.

Dors. Os afirmo
que de aquí no partirémos,
hasta que cobre el sentido
ese anciano, y de su casa
llegue, mediante el aviso,
quien le asista con cuidado.

Cecil. Entretanto, yo concibo
que el retirarnos de aquí
es forzoso, que si el juicio
recobra, y aquí nos halla,
todo lo habemos perdido.

Amad. Por esa pequeña puerta
entraréis, sino en un rico,

en un aposento estrecho,
pero cómodo, y muy limpio.
Cecil. Está bien; vamos esposo:
Amad. Pero si vuelve, es preciso
que pregunte... ¿pero yo
le diré que habeis partido?
Cecil. Ciertamente.
Amad. Pues adentro.
Dors. Vamos, y el cielo benigno
os pague tantos favores
como de vos recibimos. *Vanse izq.*
Amad. ¿Favores? el recibir
á quien perdiere el camino,
y llega con pesadumbre
semejante, yo he creído
que es justicia, y no favor: *Observando*
no se menea... ¿un suspiro? *á Leopoldo.*
¡bueno! no puede tardar
en volver: ¿si son sus hijos
estos jóvenes? mas no;
porque entónces qué motivo
tendrian para evitar...
pero á mí ¿quién me ha metido
en averiguar negocios
agenos? los dos son lindos
y gallardos; sobre todo

¡qué buenos! ¡qué compasivos!
mi hermano tarda, ¿qué haré? *Habrá dos botellas, y coge una.*
echarémos un traguito
de esta botella... no hay nada:
¿cómo ha de haber si ha servido
para curar?... vaya, vaya,
pues ni arguardiente, ni vino
hay por ahora: la pipa
será bien que haga su oficio,
y me entretenga; yo creo
que la noche... ¿mas qué miro? *Luces.*
¿si ya está claro? el candil
es excusado.

Leopoldo se menea, y luego se incorpora.

oígo ruido.

Leop. ¡Válgame Dios! ¿dónde estoy?
¿qué es lo que me ha sucedido?
en qué parage... ¿qué es esto?

Amad. Buenos dias, señor mio;

Le ayuda á levantar, y le conduce hasta un banco donde se sienta: Amador le pone una almohada para reclinarse.

mucho tiempo habeis estado
sin volver.

Leop. Yo no concibo...

Amad. Si de este modo correis

de noche por los caminos,
¿qué maravilla es así
quedar un hombre tendido
como una rana?
Leop. Vos sois
el dueño de este edificio.
Amad. Esta es una humilde choza,
señor: yo hubiera querido
que fuese como un palacio;
pero en el bosque sombrío
que la rodea no hay otra.
Leop. ¿Pero quién me ha socorrido?
Amad. Yo, puede ser.
Leop. Mas vos solo...
Amad. O con otros.
Leop. Es preciso:
y aunque muy confusamente,
me acuerdo de que á mi auxîlio
acudiéron unas gentes...
y á pesar de mi delirio,
mi turbacion, y el letargo
en que despues he caído,
creo que ví una muger,
cuyo oficioso cariño
este golpe me curaba...
¡ah! lloraba; me confirmo

en ello, sí, sí, no hay duda;
pues sobre mi rostro mismo,
lágrimas abrasadoras
derramaba.

Amad. ¿Y lo habeis visto?
yo tambien ví... pero nada;
no, no Señor; nada he visto,
ni vos.

Leop. ¡Ah! yo estoy seguro;
que aunque todo lo que digo,
como un sueño se presenta
á mi memoria, es bien fixo
que con ella estaba un hombre...

Amad. ¿Un jóven? y el pobre herido...

Leop. ¿Qué decís?

Amad. No fué gran cosa,
no por cierto; ántes bien dixo
que le causaba placer
sufrir por vos.

Leop. ¿Qué he oído?
¿pero dónde estan? ¿qué es de ellos?
pues mostrarme agradecido
es forzoso: ¿dónde estan?

Amad. No fuera mal desatino
el pensar en alcanzarlos
ahora.

Leop. ¿Pues dónde han ido?
Amad. Qué sé yo: los dos marcháron;
pero á dónde, no lo han dicho,
ni yo se lo he preguntado.
Leop. ¿No los habeis conocido?
Amad. Esta es la primera vez,
que en mi vida los he visto.
Leop. Pero ¿no sabeis sus nombres?
Amad. ¿Si no quisiéron decirlos?
Leop. ¿Y no los volveré á ver?
Amad. Yo no lo sé.
Leop. ¡Qué destino
el mio tan desdichado!
quándo, ¡ó memoria! vendido
por los objetos mas gratos
á mi corazon, perdido
y precipitado, encuentro
dos séres que compasivos
me socorren, y me muestran
los sentimientos mas finos
de piedad y de ternura,
de mi suerte el ceño esquivo,
¡aun el consuelo me niega
de conocerlos!... ¡ímpios!
¿para qué me socorrian,
por qué me diéron alivio,

si habian de abandonarme
con rigor tan excesivo,
negándome la dulzura
de abrazarlos? beneficio *Enardecido.*
fué muy cruel: la fortuna
busca todos los estilos
de atormentarme: detesto
mi vida; sí, la abomino;
Se levanta alvorotado, y Amador le vuelve á sentar.
mejor, mejor es morir
de una vez.
Amad. ¿Qué haceis? un niño
no haría mas, ¡qué locura!
vos habeis perdido el juicio:
vaya, vaya; yo tambien
sé enojarme.
Leop. Buen amigo,
perdona mis arrebatos:
no conoces lo infinito
que padezco... pero toma, *Le da un bolsillo.*
y procura descubrirlos.
Amad. Pero señor...
Leop. Toma, toma.
Amad. Mas ¿si no puedo instruiros?...
Leop. Sí, sí; tú me lo dirás:

si yo pudiese servirlos
en algo, ¡quánta sería
mi alegría! ¡qué exquisito
mi gozo! buen hombre, dime...

Amad. ¿Qué he de decir? si se han ido...

Leop. Esta sortija tambien
te regalo.

Amad. Resistirlo
es imposible: señor,
yo no vendo á tan subido
precio qualquier secreto:
si yo por nada lo digo:
pero señor, estad quieto;
la almohada se os ha caído:
¡Jesus, y que agitacion!
vaya un traguito de vino...
pero no hay; no me acordaba.

Leop. Yo de nada necesito:
¡si estoy bueno!

Amad. Estaos quieto...
por vida... haced lo que digo:
que si no, no diré nada...
¿mas si no debo decirlo?
mi palabra es mi palabra.

Leop. Habla, ó si no... si me irrito...

Amad. Pues estais para echar plantas:

vaya, escuchadme tranquiló:
dos horas ántes del dia
llegáron hasta este sitio,
un jóven y su muger,
que os traían sin sentido.

Leop. ¿Un jóven y su muger?

Amad. Y muy tristes y afligidos.

Leop. ¿Y de dónde?

Amad. De hácia Néuler,
segun pude colegirlo.

Leop. ¿Y son mis socorredores?

Amad. Tened flema.

Leop. Te suplico
me digas, ántes de todo,
si á ellos les he debido
mi socorro.

Amad. Sí, señor:
el jóven bizarro quiso
contener vuestra caída,
y vuestro caballo mismo
le lastimó el brazo izquierdo:
caisteis, y sin sentido
entre los dos os traxéron
media legua: ¡qué suspiros
daba la pobre muchacha!
y el jóven tan sin juicio

como vos estaba: entrambos,
llorosos y enternecidos,
despues que al modo posible
os curáron... ¡pobrecitos!
¡con qué ternura os besaban
las manos!... pero me olvido
de decir, que al punto enviáron
á Néuler á mi hermanito,
que es como una ave, á avisar
lo que habia sucedido,
porque viniesen al punto
á traeros los auxîlios
convenientes: yo, señor,
en toda mi vida he visto
dos jóvenes mas humanos,
mas tiernos y compasivos.

Leop. ¡Parece increíble!

Amad. ¿Cómo
increíble? bien por Christo;
considerad si vendrian
cansados, pues no han querido
reposar; á vuestro lado
siempre han estado afligidos;
especialmente ella, ella,
¡qué ternuras! ¡qué cariños
os decia!

Leop. ¿Cómo? ¿ella?
Amad. Si vos la hubieseis oído,
la cabeza apostaria,
que llorabais como un niño.
Leop. ¿Y el jóven?
Amad. Otro que tal;
otros dos mas parecidos
no puede haber en el mundo:
ella le decia, amigo,
si él supiera esto...
Leop. Sabrálo. *Con fuerza.*
Amad. No lo sabrá: yo me irrito: *Con viveza.*
¿con que quereis descubrirme
despues que yo he prometido
el secreto?
Leop. ¿Y se partiéron?
Amad. Sí, señor.
Leop. ¿Cómo, sin haberme visto?
Amad. Sí, señor.
Leop. Es imposible.
Amad. Tambien
eso es verdad... ¿mas qué digo?...
Leop. ¿Con que estan aquí?
Amad. No estan...
sí estan... pero no, no he dicho...
Leop. Ya es en vano que lo niegues;

aquí estan ellos contigo,
condúcelos á mi vista,
que ellos son.

Amad. Son ellos mismos:
no sé por quienes hablais;
pero ellos son: mas han dicho,
que si volveis, no entrarán
hasta que os hayais dormido.

Leopoldo se reclina en la almohada.

Leop. Pues ya me duermo, ya duermo:
¿no lo ves?

Amad. En ese sitio, *La accion con los versos.*
no señor; pero no importa: *A la cama.*
fingid, que siento ruido.

Dorsan y Cecilia á un lado.

Dors. ¡Quánto tardan! ¡quánto tardan
en llegar, y no me animo
á ausentarme!

Cecil. Y el hacerlo
ahora fuera delito.

Dors. ¿Cómo está? tiemblo.

Amad. Acercaos;
no temais; recobró el juicio,
y aun hasta esa silla pudo
llegar, de mí conducido:
pero volvió á desmayarse,

y ahora iba á advertiros...
Cecil. Nosotros ocuparemos
vuestro puesto; yo os suplico,
que entretanto esteis cuidando
si vienen.
Amad. Quedo instruído;
pero me parece que ántes
que lleguen, segun concibo...
podrá ser... tal vez... mas voyme,
que sino todo lo digo. *Vase der.*
Cecil. Veamos si en su semblante...
sí; está mejor; en sus vivos
colores se reconoce;
mira, acércate querido.
Dors. No me atrevo, no me atrevo;
me parece, si le miro,
que mi fuga me demuestra.
Cecil. Miéntras que te es permitido,
mírale al ménos: si acaso
vuelve, en el instante mismo
huiremos.
Dors. Dices bien;
aprovechar es preciso
estos penosos instantes,
en que carezco de arbitrio
para negarme al consuelo

de verle: ¡Dios infinito! *Se llega.*

Cecil. Mirémosle qual si fuese
dulce, blando y compasivo.

Dors. Y lo es... pero mal dixe;
lo fué: mas lo hemos perdido:
¡qué rigor!

Cecil. ¡El mas cruel!

Dors. Olvidémoslo, bien mio.

Cecil. ¡Ojalá que él olvidase
su enojo, como yo olvido
mis ofensas! y en venganza
besos de ternura imprimo
en su respetable mano:
¡con qué amor, con qué cariño
de su ancianidad cansada
el consuelo hubiera sido!
Despues de tí, nada amára
mas que á tu padre; en mi fino
corazon, estoy segura
de que hallaria motivos
de amarme, y yo le pagára
de modo... pero deliro
con tan lisonjera idea:
¡ó padre!... ¿pero qué miro?
las lágrimas se derraman,
se derraman, Dorsan mio;

sin duda vuelve en su acuerdo:
huyamos su ceño esquivo,
y en su favor invoquemos
al cielo, que es el oficio
postrero que hacer nos queda
por nuestro fatal destino.
Dors. Sí; nuestros ardientes votos
serán sin duda admitidos
de un Dios de paz; nada, nada
á su bondad he pedido
con mas fervor, ni mas ansia
que de mi padre el alivio;
ni aun tu justificacion:
que todo con esto digo.
Cecil. Es muy justo; y tu Cecilia
y suya, aunque no la quiso,
siempre le amará rendida,
siempre exhalará suspiros
por su bien: pero él, ¡ó Dios!
nunca escuchará á sus hijos.

Leopoldo á estas palabras se levanta, y dice el verso siguiente, y los dos huyen.

Leop. Sí, los escucha, y los oye.
Dors. y Cecil. Huyamos. *Vanse der. y se quedan.*
Leop. ¿A dónde, impíos?
¡Crueles! volved, volved,

á los brazos de un benigno
padre, de un padre amoroso:
¿no me oís? tiranos hijos;
aunque muera os seguiré
hasta lo mas escondido
de la tierra... ¿mas qué veo?

Cecilia sale huyendo de Wórset, y se arroja en los brazos de Leopoldo: Dorsan y Amador contienen á aquel que tendrá la espada desnuda, y un Aldeano.

Cecil. ¡Valedme, cielos divinos!
Leop. Hija de mi corazon...
Dors. Teneos, no vengativo
intenteis...
Amad. Hombre del diablo,
¿qué haceis?
Wórset. Cruel basilisco,
aspid sin duda engendrado
en el furor del destino;
y tú, seductor infame,
moriréis: aparta impío;
dexa que en su aleve sangre
tiña mi acero.
Leop. ¿A mis hijos
tal injuria? Vive Dios...
Wórset. ¡Vuestros hijos! ¿qué he oído?

¿hijos vuestros una infame
y un aleve?...

Leop. ¡Mal reprimo
mi cólera! agradeced
á que ocupado me miro,
que si no...

Salen todos, y Adela coge entre sus brazos á Cecilia.

Adela. ¿Cecilia mia?

Bérter. ¿Marques? ¿Dorsan?... ¿mas qué ha habido
aquí, que á este Caballero,
desnudo el acero limpio
le veo? decid, ¿qué es esto?

Leop. Yo no lo sé: solo he visto,
que recelando mi enojo
y mi rigor vengativo,
Dorsan y Cecilia huyéron;
quando yo, que con fingido
accidente exâminaba
extremos de su cariño
y su sensibilidad,
no pudiendo mas conmigo,
iba á abrazarlos alegre:
el seguirlos determino,
quando al instante á Cecilia
y á Dorsan volver he visto,

perseguidos de la furia
de ese hombre desconocido,
que matarlos intentaba,
bien que ignoro sus motivos:
y así díganos quién es,
qué razon, ó qué delirio
le ha obligado á una locura,
que castigarla resisto,
hasta informarme mejor,
de tan ciego desvarío.

Wórset. ¿Pretendeis saber quién soy?
que lo digan esos mismos
que injustamente ultrajáron
el honor mas puro y limpio,
que cupo en humano pecho:
mas pues los llamasteis hijos,
solo eso puede templar
el enojo concebido
en el corazon de un triste
pobre anciano, que al abismo
de la desesperacion
precipitaba el destino:
padre soy de esa infeliz;
con esto os he respondido.

Leop. ¿Vos su padre?

Cecil. Sí, señor.

A vuestros pies, padre mio,
teneis á vuestra Cecilia,
que si pudo los principios
de la razon y el honor
dar un momento al olvido;
bastante, ¡ó cielos! bastante
ha purgado su delito:
desde que de vuestra casa
me sacó el ciego delirio
de un amor desventurado
quanto ya feliz, no he visto
la cara al placer un punto;
y el tormento mas impío,
era, señor, vuestra imágen,
vuestras ansias y suspiros:
vuestro dolor, vuestra pena,
eran un cruel martirio
de mi corazon sensible;
pero todo era preciso
efecto de un error ciego,
que tarde hube conocido:
debia á Dorsan mi honor,
y no tenia otro arbitrio
sino complacerle en todo...
mas que excuseis, os suplico,
hablaros de una materia,

que renueva los activos
dolores, la confusion
y desprecios que he sufrido:
perdonadme; sed clemente;
Cecilia fué, un tiempo, digno
objeto de la ternura
y del paternal cariño;
era entónces innocente;
si ahora no, por lo mismo
soy mas digna de piedad:
¡ah! ¿cómo el ser infinito
se acreditára clemente,
si no mediáran delitos,
que hubiese que perdonar?
Olvidad, padre querido,
desaciertos de una edad
inexperta; sean testigos
de mi pesar este llanto
amoroso que os dedico,
y este hijo que os ofrezco:
llega, Dorsan, porque unidos
nuestros ruegos dulcifiquen
un tierno padre ofendido,
á cuyos pies mis entrañas
en mis lágrimas liquído.

Dors. Señor, mi arrepentimiento...

Wórset. No digais mas: llegad hijos
á mis brazos; yo os perdono,
suponiendo que este digno
Caballero, en cuyas voces
me parece que distingo
á vuestro padre...

Leop. Y lo soy;
aunque con vergüenza digo,
que ha poco que me pesaba,
pues no habia conocido
de la sensible Cecilia,
el noble corazon fino.

Dors. Pero, señor, perdonad,
porque yo me maravillo...

Wórset. ¿De mirarme en este trage?

Dors. Sí; porque tuve creído
que erais un pobre soldado,
y no mas.

Leop. Y ese el motivo
era de mi resistencia.

Wórset. Satisfacer determino
á todos: estad atentos:
noticias habeis tenido
tal vez del Conde de Wórset.

Bérter. Sí señor; el comprehendido
de Alberto de Valestein,

en la traicion.

Wórset. Ese mismo.

Bérter. Se sabe que huyó, y sus bienes
se adjudicáron al fisco;
y ahora el Emperador
le ha declarado por digno
vasallo, y le ha sus honores
y bienes restituído.

Wórset. Pues ese soy yo.

Cecil. ¡Qué escucho!

Wórset. Era yo de los amigos
de Alberto; pero ignoraba
sus alevosos designios:
conoció mi providad,
por lo que evitó advertido
confiarme sus ideas:
sin embargo, un enemigo
poderoso, con el qual
á causa de un desafio
me indispuse, jamas pudo
olvidar que fué vencido
de mi diestra, y que la vida
le concedí compasivo:
él era del Soberano
entónces el mas valido,
y mi amistad con Alberto

pretestando, su artificio
consiguió víctima hacerme
de su rigor vengativo:
mi muerte se decretó;
mas tuve secreto aviso,
y con oportuna fuga,
me liberté del peligro:
era solo en mi familia,
y aunque yo tenia amigos,
nadie se atrevió á tomar
mi defensa: peregrino
y errante en fin, me fixé
en este pais vecino
de la Suiza: dexo aparte,
que en los exércitos mismos
en que era yo bien mirado
en un tiempo mas benigno,
serví de vulgar soldado;
que casé con un prodigio
de hermosura y de virtud,
que descansa en mejor siglo;
y paso á que habiendo muerto
mi contrario, ó impelido
de su conciencia, ó por otra
razon que yo no distingo,
mi inocencia declaró,

y el Emperador invicto,
me restituyó en su gracia:
por los públicos avisos
supe la noticia á tiempo
que tú te habias huído
de mi lado, ¡qué bien dicen
que nunca hay placer cumplido!
fuí á la corte, recobré
mis bienes, vuelvo al asilo
de mi pobreza, recorro
paises, busco, investigo
dónde estás; supe que estaba
ausente Dorsan; mi juicio
no podia persuadirse
á creer que él... pero es preciso
concluir: un labrador
me dixo que habia visto
una muger de tus señas
errante por el camino
de Néuler: era ya noche;
parto ansioso, me extravío,
y vengo á este alvergue
en el momento preciso
que saliais: os conozco:
con que ya todo está dicho.

Leop. Pues olvidando pesares *Se abrazan.*

sea todo regocijo,
y á Néuler volvamos.

Cecil. Todos
irán alegres, festivos;
solo Cecilia irá triste.

Dorsan. ¿Por qué?

Cecil. Porque si exâmino
que Adela...

Adela. No digas mas:
Adela de un infinito
placer disfruta en mirarte
feliz; todo sacrificio
por tí, me sería dulce,
quanto mas el que ni aun visos
tiene de disgusto; mira,
con toda el alma te afirmo
que en tu boda con Dorsan
veo mis bienes cumplidos,
y que jamas he gozado
contento tan excesivo.

Cecil. ¡O corazon generoso *Abrazándola.*
de toda fortuna digno!

Adela. Tu amistad es la fortuna,
Cecilia, que mas estimo.

Bérter. Vamos, pues.

Leop. No, no, primero

es justo que de este asilo
al dueño recompensemos.

Dors. Que siga nuestro camino,
y en el pueblo se hará todo.

Amad. De contento salto y brinco.

Dors. Tambien de Simon y Esteban...

Cecil. Esos dos son mis amigos,
y corre su recompensa
á mi cargo.

Sim. ¡Sí, que el niño
hace nada por dinero!

Esteb. Y yo á nada mas aspiro
que á que seais mi señora.

Sim. Ni yo; y pues que se han cumplido
nuestros deseos, digamos
con alegre regocijo...

Todos. Vivan Dorsan y Cecilia
largos y felices siglos.

FIN.

Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
El que de ageno se viste.
En toas partes cuecen habas.
Es la Chachí.
Españoles sobre todo (2.ª parte).
Espiacion.
Felipe II.
Feria de Sevilla.
Flor de la canela.
Fulgencia ó los maniáticos.
Favorita (La).
Gombela y Suni-Ada.
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Guzman (tragedia).
Gemelos (Los).
Gonzalo de Córdoba.
Hipócrita.
Hipócrita paneísta.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija del Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Ilusiones perdidas.
Infantes de Lara.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Joseliyo y la Serrana.
Juan el Feo.
Juana la Rabicortona.
Juzgar por las apariencias, ó una Maraña.
Jóven de sesenta años.
Jugador.
Loco de amor.
Lo que son mujeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Maton de Andalucía.
Mensajera.
Mérope.
Muerto vivo.
Marido jóven y mujer vieja.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Mujer celosa.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia).
Mujer por fuerza.
Mujer varonil.
No hay que fiarse de compadres.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (tragedia).
Novicio.
Opera y el Sermon.
Opresor de su familía.
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pagarse del esterior.
Para un apuro un amigo.
Parto de los montes.
Polilla de los partidos.
Primo y el Relicario.
Por amar perder un trono.
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Penitencia en el pecado.
Posada de la madona.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Quien será su padre.
Rábula (tragedia).
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Rocío la Buñolera.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).

Secreto de una madre.
Solteron y la criada.
Sal de Jesús.
Tal para cual.
Tonta (La) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del Jugador.
Tio Pablo ó la educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Too es jasta que me enfae
Torero de Madrid.
Toros del Puerto.
Triana y la Macarena.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Urganda la desconocida.
Un año de matrimonio.
Un año despues de la boda.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Zenobia y Radamisto.
Y otras muchas.

SAINETES.

Abate y el albañil.
Agente de sus negocios.
Alcalde de la Aldea.
Alcalde justiciero.
Alcalde proyectista.
Alcalde toreador.
Almacen de criadas.
Almacen de novias.
Ama loca y paje lerdo.
Amantes disfrazados.
Amigo de todos.
Amo y criado, y casa de vinos generosos.
Amor abandonado y paje desgraciado.
Andaluzas y manolo.
Anteojo (El).
Aspides (Los).
Astucia de la alcarreña.
Astucia de una criada.
Astucias conseguidas.
Astucia estudiantina.
Astucias desgraciadas.
Avaracia castigada, ó los segundones.
Avaro arrepentido.
A un engaño otro mayor, ó el barbero que afeitó el burro.
Baile desgraciado.
Bellos caprichos.
Besugueras.
Boda de Don Patricio.
Boda del tio Carcoma.
Burlador burlado.
Burla del pintor ciego.
Burla del miserable.
Burla del posadero.
Bandos del Avapies y venganzas del Zurdillo.
Buñuelo (tragedia burlesca).
Botero (tragedia).
Botellas del olvido.
Cada uno en su casa y Dios en la de todos, y no hay que fiar en vecino.
Café (El).
Calceteras (Las).
Calderero y la vecindad.
Callejon de la Plaza mayor.
Careo de los majos.
Casa de abates locos.
Y otros muchos.